

El goce miserable del melancólico

Con base en algunas notas que preparó para la impartición de la asignatura Psicopatología II a un grupo de 6º semestre de nuestra Escuela, el Dr. Mario Orozco, plantea algunas reflexiones acerca de cómo se vive el «goce» desde la melancolía.

El presente ensayo es un intento de desconstrucción de ciertos segmentos del texto *Duelo y Melancolía*, escrito por Freud en 1914. Son aquellos segmentos que insinúan la presencia del goce en la demolición narcisista que se extrema, que se radicaliza, en el pesar melancólico. Podríamos advertir de inmediato lo ríspido de un erotismo que se juega en el horizonte mismo de lo imaginario y que comanda el derrotero melancólico. Lo afirma Georges Bataille: *"El erotismo, lo dije, es a mis ojos el desequilibrio en el cual el ser se pone a sí mismo en cuestión, conscientemente. En un sentido, el ser se pierde objetivamente, pero entonces el sujeto se identifica con el objeto que se pierde. Si es necesario, puedo decir en el erotismo: yo me pierdo"* (Bataille, 1992:48). En la melancolía, y en eso Freud la deslinda del duelo, se trata de una pérdida en la dimensión del Yo¹. Es decir, que la pérdida del objeto amado arrastra convulsivamente al yo del sujeto. Lo hace perderse. De igual manera en el vértigo del encuentro amoroso, en el punto culminante de la pasión extática, el yo del sujeto se pierde. Así en la pérdida-crisol de la melancolía también el sujeto no sabe más de sí.

La identificación con el objeto perdido urde la trama siniestra del erotismo. Lo cual aparece ilustrado por este fragmento de la *Elegía* que dedica el poeta Miguel Hernández a su amigo fraternal Ramón Sijé –texto que curiosamente se complementará con otro destinado a la novia que sin casar ha quedado porque han asesinado a su novio:

No perdono a la muerte enamorada
No perdono a la vida desatenta
No perdono a la tierra ni a la nada

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
Quiero apartar la tierra parte a parte
A dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
Y besarte la noble calavera
Y desamordazarte y regresarte. (Hernández, 1964:57)

Observamos la "perdición" del yo de este "enamorado" que se entierra en pos del encuentro con el objeto perdido. Es una empresa erótica que prosigue su búsqueda en el territorio mismo de la muerte. Se trata, como lo afirma Freud, de *"ein Verlust an seinem Ich"* (Freud, AÑO:433), una pérdida en su Yo. Es decir, de la pérdida de algo que el sujeto consideraba o constituía su Yo, su-yo, propiamente una pertenencia narcisista. No olvidemos que Freud precisa el hecho de que la elección de objeto en la estructura melancólica se basa en el modelo narcisista, en la idealización yoica.



Pero la condición de miseria en que se contornea el goce en el melancólico aparece trazada por el discurso freudiano con bastante elocuencia. Se dibuja propiamente en el ejercicio de crítica feroz y fulminante que dirige el sujeto contra sí mismo. Freud dice que el melancólico en esa circunstancia parece *“captar la verdad con más claridad que otros”* (AÑO:244). Sin embargo su verdad, la verdad que se presenta en su lastimosa disertación no puede ir sin su compañera plañidera: la *“Selbstniedrigung”*, la bajeza o denigración de sí. El pronunciamiento de esa verdad parece que sólo es posible rebajando la valoración de sí. O viceversa, el sujeto tiene que denigrarse en la aprensiva plasmación de la verdad. Tanto la abyección de sí como la verdad constituyen una comparsa tanto ostentosa como lastimosa en la posición subjetiva del melancólico. El discurso psicoanalítico afirma, por su cuenta, que la verdad es humilde en su emergencia y está lejos de la presunción yoica. Sin embargo, para el melancólico la verdad sólo puede abrirse paso humillando al Yo.

Esto no impide que en la declaración de verdad el sujeto melancólico se muestre desvergonzado. Y en esa “desnudez” el sujeto exhibe sus “miserias” para su propio deleite: *“...tiene que resultar llamativo que el melancólico no se comporte en todo como alguien que hace contrición de arrepentimiento y de autorreproche. Le falta (o al menos no es notable en él) la vergüenza en presencia de los otros, que sería la principal característica de*

este último estado. En el melancólico podría casi destacarse el rasgo opuesto, el de una acuciante franqueza que se complace en el desnudamiento de sí mismo” (Freud, AÑO:244-245). De ahí que convenga ser prudente respecto al diagnóstico de depresión centrado en el conspicuo síntoma de la “inhibición”. El melancólico se muestra bastante desenvuelto, desinhibido, “desvergonzado” cuando le muestra al otro lo mísero que es. Lo que pone ante la mirada del otro es su ser como miseria encarnada, desnuda. Y en esa puesta ante la mirada del otro, incluso ante la escucha del otro, el sujeto se complace. Freud dice que en esa *“eigenen Bloßstellung”*, exposición propia, el sujeto encuentra *“eine Befriedigung”*, una satisfacción. El goce se ha puesto en movimiento en este empeño, en este compromiso, de exhibir sin-vergüenza la verdad desnuda. La verdad lo rebaja, lo reduce a la condición de vil objeto execrable.

La verdad que está en juego no es para nada algo que compromete el deseo en su cauce y en su causa particular. No es una verdad liberadora. Es una verdad opresora, opuesta a la que propone en su apuesta el discurso psicoanalítico: *“Esa verdad que buscamos en una experiencia concreta no es la de una ley superior. Si la verdad que buscamos es una verdad liberadora, es una libertad que vamos a buscar en un punto de ocultamiento de nuestro sujeto. Es una verdad particular”* (Lacan 1990:34-35). En este sentido se podría destacar esta articulación verdad-execración de sí en el comienzo mismo de Las Confesiones de Juan Jacobo Rousseau: *“Me he mostrado tal como fui; despreciable y vil cuando lo he sido; bueno, generoso, sublime, cuando lo he sido también; he revelado mi interior tal como Tú lo has visto, Ser eterno. Reúne en mi derredor la innumerable muchedumbre de mis semejantes; que escuchen mis confesiones, que lamenten, que enrojezcan ante mis miserias”* (Rousseau, 2000:3). Entonces uno se pregunta si algo en el melancólico no precisa, no invoca propiamente un coro para su lamento. Un coro que pregone de tal modo la dimensión estéril de la falta que aniquile de antemano toda vertiente del deseo.

Mientras el perverso exhibicionista hace de su práctica un conjuro (del mal de la angustia de castración –cazando con su gesto sorpresivo una mirada aterrada-, el melancólico exhibiría el mal que su historia y su ser entero encarnan. Expone su condición despreciable, su desprecio de sí con tal “plus” de franqueza, con tal desborde en la revelación de sus heridas abiertas, que se puede advertir y escuchar el estertor del goce. A diferencia del exhibicionista que reitera con la presencia súbita, intempestiva del falo, la *“Verleugnung”* de la castración, de la falta, el melancólico desnuda sus fallas, su “falta”, como un mal irredento. La puesta en escena del falo como *“Deus ex machina”* en el perverso exhibicionista, contrasta con la puesta en escena de la falta en el melancólico como llaga viva que hace enrojecer al otro. Freud dice: *“El enfermo nos describe a su yo como indigno y estéril y moralmente despreciable; se hace reproches, se denigra y espera repulsión y castigo. Se humilla ante todos los demás y conmisera a cada uno de sus familiares por tener lazos con una persona tan indigna...El cuadro de este delirio de insignificancia –predominantemente moral- se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida”* (año:244).

El portento exhibicionista del melancólico, que supura goce, se evidencia en que hace del desprecio de sí, de la denigración y repudio de sí, propiamente *“das Bild”*, el cuadro, de un *“Kleinheitswahn”*, delirio de pequeñez. Lo cual nos sitúa de una manera no tan velada en el campo de la pintura. No sólo es el hecho de cómo el melancólico encuadra su miseria en un delirio de ostensible rebaja y vilipendio de



«Escultura»

Pilar Quintero



sí, sino que se trata -sobre todo- de que el mal, la miseria que porta hace de su ser una figura pictórica, un cuadro escénico, una imagen. Esta imagen de miseria ofrendada se desplegó también como cuadro comparativo en una clínica freudiana que no se ciñó a la singularidad, como lo señala Allouch: *"¿En qué tipo de clínica se sostienen las elaboraciones metapsicológicas de "Duelo y Melancolía"? ¿Se debe, atribuir el hecho a un contagio de lo que se trata de conquistar, la psiquiatría? Lo cierto es que esa clínica no fue la que se basa en la particularidad del caso sino la del cuadro (Bild, escribe Freud, hay pues una connotación de imagen), e incluso del cuadro comparativo"* (Allouch, 2001:66). Se trata de una clínica de la miseria humana encuadrada, tipificada en rasgos que parecen ordenar un saber que se pretende científico. Por su parte Picasso, en su etapa azul, hizo de la miseria humana cuadro, imagen, no sólo plena de elasticidad sino también elasticidad.

El segundo estertor de goce en el melancólico responde al ejercicio sádico de la injuria de sí mismo. Pero antes convendría indicar la consecuencia que se deriva del hecho de que la modalidad de elección de objeto en la melancolía sea de carácter narcisista. El objeto está inscrito en el registro imaginario de la idealización yoica. Eso supone que el objeto amado y luego devenido perdido está fuera o debe estar excluido de todo cuestionamiento. Está a salvo de toda crítica. Su lugar es el de Amo que prescribe al sujeto incluso su propia valoración. O bien es elevado al lugar de lo que Arieti (1981) denomina *el Otro dominante*. Enaltecido el objeto no es atacable ni es proclive a condiciones de agresividad. Sin embargo, el sujeto es conminado a sustraer la agresividad del campo de batalla del amor. No olvidemos que Freud se encarga en este artículo de presentar al amor como escenario de lucha, de combate, del

cual se sale habiendo obtenido una pérdida (melancolía) o un triunfo (manía). Aunque no se sepa en qué consiste esa pérdida o ese triunfo. Incluso Freud puntualiza cómo se trata de batallas silenciosas, mudas, en tanto se despliegan en el sistema inconsciente de las representaciones de cosa y donde no sólo se confrontan el sujeto y el objeto: *"En la melancolía se urde una multitud de batallas parciales por el objeto; en ellas se enfrentan el odio y el amor, el primero pugna por desatar la libido del objeto, y el otro por desatar la libido del objeto, y el otro por salvar del asalto esa posición libidinal. A estas batallas parciales no podemos situarlas en otro sistema que el lcc, el reino de las huellas mnémicas de cosa (sachliche Erinnerungspuren) (a diferencia de las investiduras de palabra)"* (AÑO:253-254). El sujeto nunca pudo asumir de palabra el combate mortífero con el otro-amado. Entonces se trata de *"eine Unzahl von Einzelkämpfen um das Objekt"* (AÑO:444), un sinnúmero de luchas cuerpo a cuerpo con el objeto pero sin palabras. No hay un pleito vocalizado contra el otro. No hay mediación de la palabra en esta lucha cuerpo a cuerpo.

En cambio, el sujeto establece y despliega un pleito atrozmente vocalizado contra sí mismo, en el cual para nada disimula la rabia, la furia desatada en palabras que ofenden y humillan el valor del Yo. A través de la identificación con el objeto perdido el sujeto las quejas, "Klagen", demoledoras sobre sí mismo, que vilipendian y maltratan al Yo, representan las acusaciones, "Anklagen", que el sujeto estuvo lejos de sostener mediante "investiduras de palabra" contra el otro. El sujeto la toma contra sí mismo de una manera tan furibunda que consigue brindarse una experiencia de goce y un inminente riesgo de muerte: *"Si el amor por el objeto – ese amor que no puede resignarse al par que el objeto mismo es resignado- se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica. Ese automartirio de la melancolía, inequívocamente gozoso, importa, en un todo como el fenómeno paralelo de la neurosis obsesiva, la satisfacción de tendencias sádicas y de tendencias al odio que recaen sobre un objeto y por la vía indicada han experimentado una vuelta hacia la persona propia... Sólo este sadismo nos revela el enigma de la inclinación al suicidio por la cual la melancolía se vuelve tan interesante y... peligrosa"* (Freud, año:248-249). Se advierte bastante bien que el melancólico no puede resignarse... a perder. Tiene que ganar aunque sea a través del martirio al cual somete rudamente su yo-en-falta. Esta coerción a ganar, a obtener ganancia se delata en la producción de goce mediante un "plus" en la denigración de sí. Su Yo pagará la deuda que quedó en suspenso con la retirada del objeto de amor. El pago será desmedidamente cruel pues el odio dirigido al otro quedo fuera de toda posibilidad de trámite simbólico: *"Así estaba yo de enfermo y me torturaba acusándome a mi mismo con más aspereza de lo que solía, revolviéndome y debatiéndome en mi cadena... Esta disputa en mi corazón no era más que una lucha de mi mismo contra mi mismo"* (San Agustín, año:130-131). Si la lucha es de uno contra uno, lo que delata la división, la "Spaltung" del Yo, la derrota y el triunfo están confundidos en el interior del ser. Es decir, que en este caso no habría pérdida sin ganancia. Ese "más" de la aspereza con el cual la conciencia moral superyoica ataca, critica, acremente al yo, es el exceso sádico que suministra el goce.

Aunque hablar de "exceso sádico" resulta redundante. Es inherente al sadismo el exceso, la extralimitación. Su apuesta para la producción de goce radica ahí, en ese riesgo ligado a su potencia transgresora. Lacan define los territorios limitados del placer: *"Hay en términos de placer un más y un menos"* (Lacan, 1990:299). En cambio, en términos de goce hay siempre un "más" y sólo "más".



Es la crueldad de más, es la aspereza de más, mediante la cual la conciencia moral sojuzga y tortura al Yo. Hay sin embargo un “más” definitivo y contundente que se cifra en el acto suicida. El filósofo David Hume (1995), considera que el suicidio no es una transgresión respecto a nuestros deberes con Dios, con los otros hombres o con nosotros mismos. De esta manera aparentemente el goce estaría sustraído al suicidio, tomando en cuenta lo que Lacan afirma: “*la transgresión en el sentido del goce sólo se logra apoyándose sobre el principio contrario, sobre las formas de la Ley*” (1990:214). Hume se propone restituir el suicidio como un derecho a disponer de la propia vida, sobre todo si se trata de la prolongación de “una existencia miserable”. En este caso el sujeto no pretende ofrecer más el “Bild”, cuadro, la imagen de miseria. No obstante, la fabulación fantasmática del suicida a veces elabora los trazos de la cuadratura de la escena de su cuerpo sin vida, expuesto atroz y súbitamente a la mirada de quien lo descubra primero. Pero Hume dice que el suicida hasta podría hacer un “bien” a la sociedad disponiendo de su vida. De este modo el suicidio siempre tendría pues un trasfondo evidentemente ético. Se trataría de aportar un “soberano Bien” haciendo que la sociedad no tenga que cargar con un sujeto así.

Para Hume entonces el suicidio estaría lejos de ser un acto criminal. Habría que hacerle llegar el testimonio, a menudo no tan velado, de sujetos que han cometido crímenes y que no los conciben como tales; los representan también como un “soberano Bien”, como una contribución a la sociedad, pues liberan a ésta de cierta “carga”. Pero más allá de esta cuestión lo que importa destacar es que Hume formula la posibilidad de que el suicidio sea la respuesta en acto, en lo real, a una demanda que se le dirige al sujeto: “*cuando el dolor o la tristeza superan mi paciencia hasta el punto de hacer que me canse de la vida, puedo sacar la conclusión de que se me está pidiendo, en los más claros y expresivos términos, que deje mi puesto*” (Hume, 1995:130). Es decir, alguien le pide al sujeto que abandone su lugar, que desaparezca de la existencia. Lo que tal vez iría más allá del derecho a matarse. Desbordaría este plano del legítimo derecho a disponer de la propia vida cuando ésta resulta insoportable. Nos encontraríamos más bien con el supremo deber de matarse.

Lo que pesaría en la báscula sería una petición de muerte que proviene de fuera del Yo y a la cual parece que el sujeto no puede sustraerse. El acto suicida sería la respuesta afirmativa a la petición formulada por el Otro –del dominio tiránico. De esta manera el suicidio aunque es máxima negación de sí y máxima de la destrucción de sí, también es afirmación de la petición destructora del Otro. Afirmación contundente de su voluntad de goce. A través del acto una ingente petición resulta complacida. En los confines de lo

macabro el erotismo hace su más turbulento trabajo. Bataille definía al erotismo como “*la aprobación de la vida hasta en la muerte*”. El suicida no podría constatar eso pero quizás hace vislumbrar con su soberbio acto un coronamiento del dominio del objeto perdido sobre su lánguido Yo, en lo cual dice Freud que coincide con el enamoramiento: “*En las dos situaciones contrapuestas del enamoramiento más extremo y del suicidio, el yo, aunque por caminos enteramente diversos, es sojuzgado por el objeto*” (año, 249-250). Lo dice así porque tal vez son las situaciones más extremas en las que el Yo se implica abismalmente, porque tal vez son las situaciones en las que el Yo más se extrema hasta trascender los límites propios de su lánguido ser. Como lo plasman los siguientes fragmentos del poema de Vicente Aleixandre, *Unidad en Ella*:

Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
Quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
Que regando encerrada bellos miembros extremos
Siente así los hermosos límites de la vida. (Aleixandre, 1985:13)

El amor tiene de suicida lo que el suicidio tal vez tenga de amoroso. En el amor la renuncia a una posición narcisista mortifica al yo en la entrega pasional al otro. En el suicidio el sujeto se da a sí mismo el poder de la muerte –sustraído a la facultad divina. Pero también se llega a columbrar un espectro de bienestar en un supuesto encuentro eterno con el bien-amado perdido. El goce traspasa el límite dejando una estela de franca miseria.

¹ “Siguiendo la analogía con el duelo, deberíamos inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en el yo”. Cfr. Sigmund Freud, *Duelo y Melancolía*, OC, V. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, p. 245.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexandre, Vicente (1985): *La Destrucción o el Amor, Sombra del Paraíso*. México, Seix-Barral.
- Allouch, Jean (2001): *Erótica del Duelo en el Tiempo de la Muerte Seca*. México, Spele.
- Arieti, S. y J. Bemporad (1981): *Psicoterapia de la Depresión*. Buenos Aires, Paidós.
- Bataille, Georges (1992): *El Erotismo*, Barcelona: Tusquets.
- Dör, Joel (1996): *Clínica Psicoanalítica*. Barcelona, Gedisa.
- Hernández, Miguel (1974): *Antología*. Buenos Aires, Losada.
- Hume, David (1995): *Sobre el Suicidio y otros Ensayos*. Madrid, Alianza.
- Lacan, Jacques (1990): *La Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1990.
- Rousseau, J.J. (2000): *Confesiones*. México, Porrúa.
- San Agustín (AÑO): *Confesiones*, LUGAR, EDITORIAL

